

mal camino de sentir altamente de la propia, y bajamente de las extrañas.

## § IV.

Lo peor es, que aun aquellos que no sienten como vulgares, hablan como vulgares. Este es efecto de la que llamamos pasion nacional, hija legitima de la vanidad y la emulacion. La vanidad nos interesa en que nuestra nacion se estime superior á todas, porque á cada individuo toca parte de su aplauso; y la emulacion con que miramos á las extrañas, especialmente las vecinas, nos inclina á solicitar su abatimiento. Por uno y otro motivo atribuyen á su nacion mil fingidas excelencias aquellos mismos que conocen que son fingidas.

Este abuso ha llenado el mundo de mentiras, corrompiendo la fe de casi todas las historias. Cuando se interesa la gloria de la nacion propia, apenas se halla un historiador cabalmente sincero. Plutarco fué uno de los escritores más sanos de la antigüedad. Sin embargo, el amor de la patria, en lo que tocaba á ella, le hizo degenerar no poco de su candor; pues, como advierte el ilustrísimo Cano, engrandeció más de lo justo las cosas de la Grecia; y Juan Bodino observó que en sus *Vidas comparadas*, aunque cotejó rectamente los héroes griegos con los griegos y los romanos con romanos, pero en el paralelo de griegos con romanos se ladeó á favor de los suyos.

Siempre he admirado á Tito Livio, no sólo por su eminente discrecion, método y juicio, mas tambien por su veracidad. No disimula los vicios de los romanos cuando los encuentra al paso de la pluma. Lo más es, que aun al riesgo de enojar á Augusto, elogió altamente, y con preferencia sobre Julio César, á Pompeyo, que en aquel tiempo era lo mismo que declararse celoso republicano. No obstante, noto en este príncipe de los historiadores una falta, que, si no fué descuido de su advertencia, es preciso confesarle cuidado de pasion. En los dos primeros siglos da tantas batallas y ciudades ganadas por los romanos, cuantas bastarian para conquistar un grande imperio. Pero al término de este espacio de tiempo aun vemos ceñida á tan angostos términos aquella república, que pocos estados menores se hallan hoy en toda Italia; prueba de que las victorias antecedentes no fueron tantas ni tan grandes en el original, como se figuran en la copia.

Apénas hay historiador alguno moderno, de los que he leído, en quien no haya observado la misma inconsecuencia. Si se ponen á referir los sucesos de una guerra dilatada, los pintan por la mayor parte favorables á su partido; de modo que el lector por aquellas premisas se promete la conclusion de una paz ventajosa, en que su nacion dé la ley á la enemiga. Pero como las premisas son falsas, no sale la conclusion; ántes al llegar al término se encuentra todo lo contrario de lo que se esperaba.

No ignoro que durante la guerra saca de estas mentiras sus utilidades la política; y así, en todos los reinos se estampan las *gacetas* con el privilegio, no digo de mentir, sino de colorear los sucesos de modo que agraden á los regionarios; en cuyas pinturas frecuentemen-

te se imita el artificio de Apéles en la del rey Antígono, cuya imágen ladeó de modo, que se ocultase que era tuerto; quiero decir, que se muestran los sucesos por la parte donde son favorables, escondiéndose por donde son adversos. Digo que pase esto en las *gacetas*, pues lo quiere así la política, la cual va á precaver el desaliento de su partido en los reveses de la fortuna. Pero en los libros que se escriben muchos años despues de los sucesos, ¿qué riesgo hay en decir la verdad?

El caso es, que aunque no le hay para el público, le hay para el escritor mismo. Apenas pueden hacer otra cosa los pobres historiadores, que desfigurar las verdades, que no son ventajosas á sus compatriotas. O han de adular á su nacion, ó arrimar la pluma; porque si no, los manchan con la nota de desafectos á su patria. Duélome cierto de la suerte del padre Mariana. Fué este doctísimo jesuita, sobre los demas talentos necesarios para la historia, sumamente sincero y desengañado; pero esta ilustre partida, que engrandece entre los sanos críticos su gloria, se la disminuye entre la vulgaridad de España. Dicen que no tenía el corazon español; que su afecto y su pluma estaban reñidos con su patria; y como un tiempo atribuyeron muchos la nimia severidad del emperador Septimio Severo con los romanos, á su origen africana por parte de padre, al padre Mariana quieren imputar algunos cierto género de despego con los españoles, buscándole para este efecto, no sé si con verdad, ascendencia francesa por parte de madre. Quisieran que escribiese las cosas, no como fueron, sino como mejor les suenan, y para quien ama la lisonja es enemigo el que no es adulador. Pero lo mismo que á este grande hombre le hizo mal visto en España, le granjeó altos elogios de los mayores hombres de Europa. Basta para honrar su fama este del eminentísimo cardenal Baronio: «El padre Juan de Mariana, amante fino de la verdad, excelente sectario de la virtud, español en la patria, pero desnudo de toda pasion; digno profesor de la Compañía de Jesus, con estilo erudito dió la última perfeccion á la historia de España.» (BARON., *ad ann. Christi* 688.)

No sólo en España quieren que los historiadores sean panegiristas; lo mismo sucede en las demas naciones. Llamó el rey de Inglaterra para que escribiese la historia de aquel reino al famoso Gregorio Leti; y habiendo este protestado que, ó no habia de tomar la pluma, ó habia de decir la verdad, animándole el Rey á cumplir con esta indispensable obligacion, formó su historia sobre los monumentos más fieles que pudo descubrir. Pero como no hallasen los nacionales motivo para complacerse en muchas verdades que se manifestaban en ella, no bien salió á luz, cuando arrepentido ya el Rey de la licencia que le habia dado, de orden del Ministerio se recogieron todos los ejemplares, y al historiador se le hizo salir de Inglaterra mal satisfecho.

De los escritores franceses se quejan mucho nuestros españoles, diciendo, que en ódio nuestro niegan ó desfiguran los sucesos que son gloriosos á nuestra nacion, engrandeciéndole á proporcion los suyos. Esta queja es recíproca, y creo que por una y otra parte bien fundada. Siempre que entre dos naciones hay muchas guerras, en los escritos se ve la discordia de los áni-

mos, repitiéndose nuevas guerras en los escritos; porque, unidas como en la flecha, siguen el ímpetu del acero las plumas.

Pero en obsequio de la justicia y la verdad, notaré aquí una acusacion injusta que muchas veces vi fulminar á los nuestros contra los historiadores de aquella nacion. Dicen que tratando de los sucesos del reinado de Francisco I, ó callan ó niegan la prision de aquel rey en la batalla de Pavía. Esta queja no tiene algun fundamento, pues yo he leído esta ventaja de nuestras armas en varios autores franceses. Y aun en uno de ellos vi celebrada la picante respuesta de una dama al rey Francisco en asunto de su prision. Preguntóla el Rey, satirizándola sobre que ya los años la habian robado la belleza: «Madama, ¿qué tiempo há que habeis salido del país de la hermosura?—Señor (respondió prontamente la francesa), otro tanto como há que vos venisteis de Pavía.»

Donde veo con más razon doloridos á los españoles de los escritores franceses es, sobre que niegan la venida de Santiago el Mayor á España, y á este reino la posesion de su cadáver. Verdaderamente es muy sensible que nos quieran despojar de dos glorias tan apreciables. Mas esta pretension más es hija del espíritu crítico que del nacional. Del mismo modo niegan hoy algunos doctos escritores franceses, que san Dionisio el Areopagita haya sido obispo de Paris, y que los tres santos hermanos, Lázaro, Marta y Magdalena, hayan venido á Francia, ni sus cuerpos estén en aquel reino. En las antigüedades eclesiásticas no veo muy apasionados á los franceses. Este nunca fué asunto, ó fué asunto muy leve, de emulacion entre las dos naciones. En orden á la justicia de las guerras y ventaja en el manejo de las armas, es donde más riñen las plumas.

## § V.

De este espíritu de pasion nacional, que reina casi en todas las historias, viene que en orden á infinitos hechos nos son tan inciertas las cosas pasadas como las venideras. Confieso que fué extravagante el pirronismo histórico de Campanela, el cual vino á tal grado de desconfianza en las historias, que llegó á decir, que dudaba si hubo en el mundo tal emperador llamado Carlo Magno. Pero en aquellos sucesos que los historiadores de una nacion afirman, y los de otra niegan, y son muchos estos sucesos, es preciso suspender el juicio hasta que algun tercero bien informado dé la sentencia. O por vanidad, ó por inclinacion, ó por condescendencia, cada uno va á adular á la nacion propia; y á esta, al mismo paso, ni el humo del incienso deja ver la luz de la verdad, ni la armonía de la lisonja escuchar las voces de la razon.

Dejo aparte aquellos autores que llevaron la pasion por su tierra hasta la extravagancia; como Goropio Becano, natural de Bravante, que muy de intento se empeñó en probar que la lengua flamenca era la primera del mundo; y Olavo Rudbec, sueco (no el que se cita arriba, sino padre de aquel), que quiso persuadir, en un libro escrito para este efecto, que cuanto dijeron los antiguos de las islas Fortunadas, del jardin de las

F.

Hespérides y de los campos Elisios era relativo á la Suecia; adjudicando asimismo á su patria la primacia de la sabiduria europea, pues pretende que las letras y escritura no bajaron á la Grecia de Fenicia, sino de Suecia, despreciando en este asunto mucha erudicion recóndita.

Aquí será bien notar que cabe tambien en esta materia otro vicioso extremo. En un escritor español moderno han notado algunos, que con la injusticia de negar á España algunas gloriosas antigüedades, solicita el aplauso de sincero entre los extranjeros. Quizá no será ese el motivo, sino que su crítica no acertará con el debido temperamento entre indulgente y desahrida, y tanto se apartará del vicio de la lisonja, que dé en el término contrapuesto de la ofensa; porque

*Dum vitant stulti vitia in contraria currunt* (1).

## § VI.

Mas la pasion nacional de que hasta aquí hemos hablado es un vicio, si así se puede decir, inocente, en comparacion de otra, que así como más comun, es tambien más perniciosa. Hablo de aquel desordenado afecto que no es relativo al todo de la república, sino al propio y particular territorio. No niego que debajo del nombre de patria, no sólo se entiende la república ó estado cuyos miembros somos y á quien podemos llamar patria comun, mas tambien la provincia, la diócesi, la ciudad ó distrito donde nace cada uno, y á quien llamaremos patria particular. Pero asimismo es cierto, que no es el amor á la patria, tomada en este segundo sentido, sino en el primero, el que califican con ejemplos, persuasiones y apotegmas, historiadores, oradores y filósofos. La patria á quien sacrifican su aliento las armas heroicas, á quien debemos estimar sobre nuestros particulares intereses, la acreedora á todos los obsequios posibles, es aquel cuerpo de estado donde, debajo de un gobierno civil, estamos unidos con la coyunda de unas mismas leyes. Así, España es el objeto propio del amor del español, Francia del frances, Polonia del polaco. Esto se entiende cuando la transmigracion á otro país no los haga miembros de otro estado, en cuyo caso este debe prevalecer al país donde nacieron, sobre lo cual harémos abajo una importante advertencia. Las divisiones particulares que se hacen de un dominio en varias provincias ó partidos son muy materiales, para que por ellas se hayan de dividir los corazones.

El amor de la patria particular, en vez de ser útil á la república, le es por muchos capítulos nocivo. Ya porque induce alguna division en los ánimos, que debieran estar recíprocamente unidos para hacer más firme y consistente la sociedad comun; ya porque es un incentivo de guerras civiles y de revueltas contra el soberano, siempre que, considerándose agraviada alguna provincia, juzgan los individuos de ella que es obligacion superior á todos los demas respetos el desagravio de la patria ofendida; ya, en fin, porque es un grande estorbo á la recta administracion de justicia en todo género de clases y ministerios.

(1) Al escritor que, sin nombrarle, citamos en este número, con

Este último inconveniente es tan común y visible, que á nadie se esconde; y (lo que es peor) ni aun procura esconderse. A cara descubierta se entra esta peste que llaman paisanismo á corromper intenciones, por otra parte muy buenas, en aquellos teatros, donde se hace distribución de empleos honoríficos ó útiles. ¿Qué sagrado se ha defendido bastantemente de este declarado enemigo de la razón y equidad? ¿Cuántos corazones inaccesibles á las tentaciones del oro, insensibles á los halagos de la ambición, intrépidos á las amenazas del poder, se han dejado pervertir miseramente de la pasión nacional! Ya cualquiera que entabla pretensiones fuera de su tierra, se hace la cuenta de tener tantos valedores, cuantos paisanos suyos hubiere en la parte donde pretende, que sean poderosos para coadyuvar al logro. No importa que la pretensión no sea razonable, porque el mayor mérito para el paisano es ser paisano. Hombres se han visto, en lo demás de grande integridad de vida, sumamente achacosos de esta dolencia. De donde he discurrido que esta es una máquina infernal, sagazmente inventada por el demonio para vencer á almas por otra parte invencibles. ¡Ay de Aquiles, aunque sólo por una pequeña parte del cuerpo sea capaz de herida, y en todo el resto invulnerable, si á aquella pequeña parte se endereza la flecha de París!

## § VII.

No condeno aquel afecto al suelo natalicio que sea sin perjuicio de tercero. Parece muy bien que Aristóteles se aprovechase del favor de Alejandro para la reedificación de Estagira, su patria, arruinada por los soldados de Filipo. Y repruebo la indiferencia de Crates, cuya ciudad había padecido igual infortunio, y preguntado por el mismo Alejandro si quería que se reedificase, respondió: «¿Para qué, si después vendrá otro Alejandro, que la destruya de nuevo?» ¡Oh, cuánto y cuán ridículamente afectaba parecer filósofo el que rehusaba á sus compatriotas tan señalado beneficio, sólo por lograr un frío apotegma! El mal estuvo en que no se le ofreciese por la parte contraria alguna sentencia oportuna. En ese caso aceptaría el favor de Alejandro. Tengo observado que no hay sujetos más inútiles para consultados sobre asuntos serios, que aquellos que se precian de decisores, porque fueren siempre el voto hácia aquella parte por donde los ocurre el buen dicho, y no se embarazan en discurrir sin acierto, como logren explicarse con aire.

Vuelvo á decir, que no condeno algún afecto inocente y moderado al suelo natalicio. Un amor nimiamente tierno es más propio de mujeres y de niños recién extraídos á otro clima, que de hombres. Por tanto, juzgo

alguna inconsideración hemos aplicado el verso: *Dum vitant stultitiam, etc.*, muy seriamente retractamos dicha aplicación. Ya há algún tiempo que Dios le llevó para sí. Y persuadiéndonos su religiosa vida, que aquí el llevarle Dios para sí significa lo que suena, no sólo le pido me perdone aquella injuria, mas también que ruegue por mí á su divina Majestad. Todo el mal, que con verdad y sin injuriarle, se puede decir de él es, que no le había dado Dios genio y pluma para historiador; pero sí sinceridad, candor y buena intención. Así, estoy persuadido á que en lo mismo que puede disonar á algunos en sus escritos, no fué conducido de alguna pasión viciosa.

que el divino Homero se humanó demasiado cuando pintó á Ulises entre los regalos de Feacia, anhelando ver el humo que se levantaba sobre los montes de su patria Itaca:

*Ezoptans oculis surgentem cernere fumum  
Natalis terrae.*

Es muy pueril esta ternura para el más sabio de los griegos (\*). Mas al fin no hay mucho inconveniente en mirar con ternura el humo de la patria, como el humo de la patria no ciega al que le mira. Mírese el humo de la propia tierra, mas ¡ay Dios! no se prefiera ese humo á la luz y resplandor de las extrañas. Esto es lo que se ve suceder cada día. El que, por estar colocado en puesto eminente, tiene varias provisiones á su arbitrio, apenas halla sujetos que le cuadren para los empleos, sino los de su país. En vano se le representa que estos son ineptos ó que hay otros más aptos. El humo de su país es aromático para su gusto, y abandonará por él las luces más brillantes de otras tierras. ¡Oh, cuánto ciega este humo los ojos! Oh, cuánto daña las cabezas!

Es verdad que algunos pecan en esta materia muy con los ojos abiertos. Hablo de aquellos que con el fin de formarse partido, donde estribe su autoridad, sin atender al mérito, levantan en el mayor número que pueden sujetos de su país. Esto no es amar á su país, sino á sí mismos, y es beneficiar su tierra como la beneficia el labrador, que en lo que la cultiva no busca el provecho de la misma tierra, sino su conveniencia propia. Estos son declarados enemigos de la república; porque no pudiendo un corto territorio contribuir capacidades bastantes para muchos empleos, llenan los puestos de sujetos indignos; lo que, si no es la mayor ruina de un estado, es por lo ménos última disposición para ella.

De aquellos que ejercitan su pasión creyendo que los sujetos de que echan mano son los más beneméritos, no sé qué me diga. Pero ¿qué titubeo? Es esa una ceguera voluntaria, que en ningún modo los disculpa. Cuando el exceso del desatendido al premiado es tan notorio, que á todos se manifiesta sino al mismo que elige, ¿qué duda tiene que este cierra los ojos para no verle, ó que con el microscopio de la pasión abulta en el querido las virtudes, y en el desfavorecido los defectos? Apenas hay hombre que no tenga algo de bueno, ni hombre que no tenga algo de malo; hombre sin algún defecto será un milagro; hombre sin alguna virtud será un monstruo. Por eso dijo san Agustín, que tan rara es entre nosotros una malicia gigante, como una virtud eminente: *Sicut magna pietas paucorum est, ita et magna impietas nihilominus paucorum est.* (Serm. 10, *De verbis Domini.*) Lo que sucede, pues, es, que la pasión, habiendo de elegir entre sujetos muy desiguales, engrandece lo que hay de bueno en el malo, y lo que hay de malo en el bueno. No hay más infiel balanza que la de la pasión para pesar el mérito, y esta es la que comúnmente usan los hombres. Por eso dijo David que los hombres son mentirosos en sus balanzas: *Mendaces filii hominum in stantibus.*

(\*) Perdónese el PADRE FEJOO que no convenga con él ni en esta apreciación de Homero, ni en otras demasiado positivas, que hace en este discurso. (V. F.)

teris. En Job veo que se pondera la grandeza de Dios, porque fué poderoso para dar peso al viento: *Qui fecit ventis pondus.* Mas no sé cómo lo entienda; porque veo también que los poderosos del mundo, en la balanza de su pasión, frecuentemente dan peso, y mucho peso, al aire. ¿Qué veis en aquel sujeto que acaban de elevar ahora? Nada de solidez, nada, sino aire y vanidad: pues á ese aire le dió el poderoso que le exaltó más peso que al oro de otro sujeto que concurrió con él. ¿Y cómo fué esto? Puso en la balanza juntamente con aquel aire la tierra (quiero decir la tierra donde nació), y esta tierra pesa mucho en aquella balanza.

Sucede en las contiendas sobre ocupar puestos, lo que en la lid de Hércules y Anteo. Era aquel mucho más valiente que éste, y le derribaba á cada paso; pero la caída le ponía á Anteo en estado de repetir con ventajas la lucha, porque le duplicaba las fuerzas el contacto de la tierra. Es el caso que, según la mitología, era hijo de la tierra Anteo; y como los antiguos, debajo del velo de las fábulas, ocultaban las máximas físicas y morales (y así, la voz *mitología* significa la explicación de aquellas misteriosas ficciones), creo que en la presente no nos quisieron decir otra cosa, sino que, según corren las cosas en el mundo, cada tierra les da con su recomendación fuerzas á sus hijos para vencer á los extraños, aunque estos sean de mejores alientos. Apartó Hércules á Anteo de la tierra, elevándole en el aire, y de este modo no tuvo dificultad en vencerle. ¡Oh, si en muchas ocasiones el valor de los sujetos se examinase, despreciándolos del favor que les da su propio país, cuánto mejor se conociera de parte de quiénes está la ventaja!

## § VIII.

Estos hombres de genio nacional, cuyo espíritu es todo carne y sangre, cuyo pecho anda, como el de la serpiente, siempre pegado á la tierra, si se introducen en el paraíso de una comunidad eclesiástica, ó en el cielo de una religión, hacen en ellas lo que la antigua serpiente en el otro paraíso, lo que Luzbel en el cielo, introducir sediciones, desobediencias, cismas, batallas. Ningún fuego tan violento asuela el edificio en cuyos materiales ha prendido, como la llama de la pasión nacional la casa de Dios, en cebándose en las piedras del santuario. El mérito le atropella, la razón gime, la ira tumultúa, la indignidad se exalta, la ambición reina. Los corazones que debieran estar dulcemente unidos con el vínculo de la caridad fraternal, miseramente despedazado aquel sacro lazo, no respiran sino venganzas y enconos. ¡Las bocas donde sólo habían de sonar las divinas alabanzas, no articulan sino amenazas y quejas! *Tantæ ne animis cælestibus iræ!* Fórmanse partidos, alistanse auxiliares, ordenanse escuadrones, y el templo ó el claustro sirven de campaña á una civil guerra política. ¡Ay del vencido! ay del vencedor! Aquel, perdiendo la batalla, pierde también la paciencia; éste, ganando el triunfo, se pierde á sí mismo.

En ningunas palabras de la sagrada Escritura se dibuja más vivamente la vocación de una alma á la vida religiosa que en aquellas del salmo 44: «Oye, hija, y mira, inclina tu oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu

padre.» ¡Oh, cuánto desdice de su vocación el que, bien lejos de olvidar la casa de su padre y su propio pueblo, tiene en su corazón y memoria, no sólo casa y pueblo, mas aún toda la provincia!

Alejandro, vencidos los persas, hizo que los soldados macedonios se casasen con doncellas persianas, á fin (dice Plutarco) de que, olvidados de su patria, sólo tuviesen por paisanos á los buenos, y por forasteros á los malos: *Ut mundum pro patria, castra pro arce, bonos pro cognatis, malos pro peregrinis agnoscerent.* Si esto era justo en los soldados de Alejandro, ¿qué será en los soldados de Cristo?

Es apotegma de muchos sabios gentiles, que para el varón fuerte todo el mundo es patria; y es sentencia común de doctores católicos, que para el religioso todo el mundo es destierro. Lo primero es propio de un ánimo excelso; lo segundo, de un espíritu celestial. El que liga su corazón á aquel rincón de tierra en que ha nacido, ni mira á todo el mundo como patria ni como destierro. Así, el mundo le debe despreciar como espíritu bajo, el cielo despreciarle como forastero.

Creo, no obstante, que en aquellas dos sentencias hay algo de expresión figurada, pues ni el religioso ni el héroe están exentos de amar y servir la república civil, cuyos miembros son, con preferencia á las demás repúblicas ó reinos. Pero también entiendo que esta obligación no se la vincula la república porque nacimos en su distrito, sino porque componemos su sociedad. Así, el que legítimamente es transferido á otro dominio distinto de aquel en que ha nacido, y se avecinda en él, contrae, respecto de aquella república, la misma obligación que antes tenía á la que le dió cuna, y la debe mirar como patria suya. Esto no entendieron muchos hombres grandes de la antigüedad; por cuya razón se hallan en varios escritores celebradas como heroicas algunas acciones que debieran condenarse como infames. Demarato, rey de Esparta, arrojado injustamente del solio y de la patria por los suyos, fué acogido benigneamente por los persas. Avecindado entre ellos y sujeto á aquel imperio, se añadió, sobre la obligación del agradecimiento, el vínculo del vasallaje. Mas veis aquí que meditando los persas una expedición militar contra los lacedemonios, sabidor de la deliberación Demarato, se la revela á los de Esparta para que se prevengan. Celebra Herodoto, y con él otros muchos escritores, esta acción como parto glorioso del heroico amor que Demarato profesaba á su patria. Pero yo digo que fué una acción pérdida, ruin, indigna, alevosa; porque en virtud de las circunstancias antecedentes, la deuda de su lealtad se había transferido, juntamente con la persona, de Lacedemonia á Persia.

Por conclusión digo, que en caso que por razón del nacimiento contraigamos alguna obligación á la patria particular ó suelo que nos sirvió de cuna, esta deuda es inferior á otras cualesquiera obligaciones cristianas ó políticas. Es tan material la diferencia de nacer en esta tierra ó en aquella, que otro cualquiera respecto debe preponderar á esta consideración; y así, sólo se podrá preferir el paisano por razón de paisano al que no lo es, en caso de una perfecta igualdad en todas las demás circunstancias.

En los superiores, ni aun con esta limitacion admito alguna particularidad respecto de sus compatriotas, por las razones siguientes: la primera, porque sin un perfecto desprendimiento de esta pasion, apénas puede evitarse el riesgo de pasar, en una ocasion ó en otra, de la gracia á la injusticia. La segunda, porque de cualquier modo que se limite el favor á los paisanos, ya se incurre en la acepcion de personas, que deben huir todos los que gobiernán. La tercera, porque como los superiores verdaderamente son padres, la razon de hijos en los súbditos, como circunstancia incomparablemente más poderosa para el afecto, sofoca á otros cualesquiera motivos de inclinacion, exceptuando únicamente la ventaja del mérito. Sería cosa ridícula en un padre querer más á un hijo que á otro, sólo porque aquel hubiese nacido en su propio lugar, y á este le pariese su madre estando ausente á alguna peregrinacion. Por tanto, todos los que gobiernán deben tener siempre en la memoria y en el corazon aquella máxima de la famosa reina de Cartago, que en la esperanza de que por medio del matrimonio con Enéas se agregasen los advenedizos troyanos á sus compatriotas los tirtos, preparaba con perfecta igualdad el afecto de reina á unos y otros:

*Tros, tyriusque mihi nullo discrimine agetur.*

### § IX.

Habiendo hablado aquí del favor que se puede prestar al paisano, en concurrencia de igual mérito con el forastero, me pareció tocar con esta ocasion un punto moral de frecuente ocurrencia en la práctica, y en que he visto comunisimamente errar á hombres por otra parte no ignoantes. Los que tienen á su cargo la distribucion de empleos honoríficos ó útiles, si no tienen perfecto conocimiento del mérito de los pretendientes, suelen valerse de informes, ó judiciales ó extrajudiciales. Es el caso ordinario en la provision de cátedras que hace el Rey ó su supremo Consejo para muchas universidades. En esta de Oviedo informan promiscuamente todos los doctores al real Consejo para todas las cátedras de las facultades que en ella se enseñan. Supongo que el que con autoridad, ó propia ó delegada, hace la provision, propuestos dos sujetos de igual aptitud y mérito, puede elegir al que quisiere. La duda sólo puede estar de parte de los informantes; y en éstos he visto por lo comun el error de que entre sujetos iguales pueden aplicar la gracia del informe al que fuere más de su agrado, graduándole en mejor lugar que al otro concurrente, ó proponiéndole como único acreedor á la cátedra vacante.

Llámoles error, porque, en mi sentir, carece de toda probabilidad. Lo cual se demostrará descubriendo las malicias que envuelve en su accion el que entre dos sujetos iguales, Pedro y Juan verbi gracia, informa con preferencia por Pedro; porque yo hallo en ella, no una sola, sino tres distintas, y todas tres graves. Lo primero, falta gravemente en el informe á la virtud de legalidad, la cual le obliga á proponer los sujetos segun

el grado de su mérito, y éste le altera, pues representa á Pedro como superior á Juan, no siéndolo en la realidad. Lo segundo, comete pecado de injusticia contra el Príncipe, usurpándole ó preocupándole el derecho que tiene para elegir entre Pedro y Juan. Lo tercero, comete tambien pecado de injusticia contra el mismo Juan, el cual es acreedor á que se represente su mérito segun el grado que tiene, y es manifiesta injuria proponerle como inferior á Pedro, siendo igual; lo cual, sobre poderle perjudicar para otros efectos, le hace el daño de imposibilitarle la gracia que acaso le haria el Príncipe, eligiéndole en competencia de Pedro. El padre Andrés Mendo (\*), en su tomo *De jure academico*, toca este punto y es de nuestro sentir; aunque está algo diminuto en la prueba, porque no hizo reflexion sino sobre este último perjuicio que acabamos de proponer.

De aquí se colige que nunca puede llegar el caso de hacer gracia alguna el informante á aquel por quien informa, ni en la materia expresada, ni en otra, ni en informe judicial ni extrajudicial; porque entre sujetos iguales hemos visto que no cabe; y si son desiguales, por sí mismo es patente. Por consiguiente, para quien obra con conciencia son totalmente inútiles las recomendaciones de la amistad, del paisanismo, del agradecimiento, de la alianza de escuela, religion ó colegio, ú otras cualesquiera. Pero la lástima es que en la práctica se palpa la eficacia de estas recomendaciones, aun en desigualdad de méritos, por cuyo motivo, llegando el caso de una oposicion, más trabajan los concurrentes en buscar padrinos que en estudiar cuestiones, y más se revuelven las conexiones de los votantes que los libros de la facultad. Llega á tanto el abuso, que á veces se trata como culpa el obrar rectamente. Si el votante, solicitado de alguna persona de especial estimacion, le responde con desengaño, se dice que es un hombre duro, inurbano y de ninguna policia: si no se dobla al ruego del bienhechor, se queja éste de que es ingrato; si no se rinde á la interposicion del amigo, se clama que falta á la deuda de la amistad. En fin (no puede haber más intolerable error), he visto más de diez veces muy preconizados por hombres de bien aquellos que siempre sujetan sus votos á estos ú otros temporales respetos. Aquí de la razon. ¿Hay algun amigo tan bueno ni tan grande como Dios? Hay algun bienhechor á quien debamos tanto como á Él? Pues ¿cómo es esto? ¿Es atento, es honrado, es hombre de bien el que falta al mayor amigo, al bienhechor máximo, que es Dios, obrando injustamente por una criatura á quien debe este ó aquel limitado respeto, y á quien no debe cosa alguna que no se la deba á Dios principalisimamente? En vano he representado estas consideraciones en varias conversaciones privadas. Creo que tambien en vano las saco ahora al público. Mas, si no aprovecharen para enmienda del abuso, sirvan siquiera para desahogo de mi dolor.

(\*) Habíendole llamado Jerónimo, lo rectificó en la última edicion por medio de una nota. El padre Andrés Mendo fué un jesuita, catedrático de Salamanca en el siglo xvii. (V. F.)

## VALOR DE LA NATURALEZA É INFLUJO DE LA SANGRE.

### § I.

Un gran bien haria á los nobles quien pudiese separar la nobleza de la vanidad. Casi es tan difícil encontrar aquella gloria despegada de este vicio, como hallar en las minas plata sin mezcla de tierra. Es el resplandor de los mayores una llama que produce mucho humo en los descendientes. De nada se debe hacer ménos vanidad, y de nada se hace más. En vano las mejores plumas de todos los siglos, tanto sagradas como profanas, se empeñaron en persuadir que no hay orgullo más mal fundado que el que se arregla por el nacimiento. El mundo va adelante con su error. No hay lisonja más bien admitida que aquella que engrandece la prosapia. Apénas hay tampoco otra más trascendente. Léanse las dedicatorias de los libros, donde la adulacion por lo comun rige la pluma; rara se hallará donde se omita el capítulo de nobleza, y es que se sabe, que raro hombre hay tan modesto ó tan desengañado, que no reciba con gratitud este elogio.

De aquí vienen aquellas disparatadas genealogías fabricadas por algunos aduladores en obsequio de los poderosos, cuyo favor pretenden. Basilio el Primero, emperador del Oriente, era de nacimiento obscuro. El patriarca Focio, viéndose caído de su gracia, volvió á recobrarla formando una série genealógica, en que le hacia descender de Tiridates, rey de Armenia, ocho siglos anterior á Basilio. La descendencia que Abraham Bzovio da al papa Silvestro II, de Temeno, rey de Argos, que floreció más de mil años ántes de Cristo y dos mil ántes del mismo Silvestro, es de creer que no la fraguó el mismo Bzovio, sino que la halló en algunos papeles, escritos, en vida de aquel papa, por los que querian lisonjearle. Rodrigo Plaberti escribió poco há una *Historia de las cosas de Irlanda*, donde á la familia de los reyes de Inglaterra da dos mil y setecientos años de antigüedad en la posesion del trono.

No hay origen más dudoso que el de la augusta casa de Austria, en pasando dos generaciones más arriba de Rodulfo, conde de Ausburg. Llegando al abuelo de este príncipe, se hallan los historiadores más linceos en densísimas tinieblas, de modo que no saben hácia dónde tomar; aun el mismo abuelo de Rodulfo no está fuera de toda contestacion. Sin embargo, no han faltado escritores españoles que, siguiendo la serie de sus ascendientes, llegan, sin topar en barras, á las ruinas de Troya. Más adelante pasó Peñafel de Contreras, autor granadino, el cual, segun refiere Mota la Vayer, tejó una série genealógica de ciento y diez y ocho sucesiones desde Adan hasta Felipe III, rey de España; y porque el duque de Lerma, valido á la sazón, no quedase ménos obligado á su pluma, formó otra de ciento y veinte y una desde Adan hasta dicho duque, enlazando al soberano y al valido en Tros, rey de Troya, bisabuelo de Priamo y Enéas, por medio de sus dos hijos Ilo y Axaraco,

de uno de los cuales hacia descender al Rey, y de otro al Duque.

No han faltado en otras naciones quienes adulasen con el mismo exceso á sus príncipes. Juan Meseno estampó la sucesion de los reyes de Suecia, sin interrupcion alguna, desde el primer padre del género humano; y Guillermo Slatyer hizo otro tanto en obsequio de Jacobo I, rey de Inglaterra.

Verdaderamente que tanto incienso hiede aun al mismo ídolo para quien se exhala. Por eso Vespasiano despreció á unos aduladores que le encontraban en Hércules; y el cardenal Macerini hizo gran mofa de otro que le buscaba su origen en Tito Geganio Macerino y Próculo Geganio Macerino, antiquísimos cónsules romanos. Así pierden la lisonja los que la vierten sin medida.

Volviendo al asunto, repito que de ninguna prerogativa se debe hacer ménos jactancia que de la nobleza. Otro cualquier atributo es propio de la persona; éste forastero. La nobleza es pura denominacion extrínseca, y si se quiere hacer intrínseca, será ente de razon. La virtud de nuestros mayores fué suya, no es nuestra. En esta sentencia compendió Ovidio cuanto se puede decir sobre el asunto.

*Nam genus, et proavos, et que non fecimus ipsi  
Vix ea nostra voco.*

Es verdad que en alguna manera nos ilustra la excelencia de los progenitores; pero nos ilustra como el sol á la luna, descubriendo nuestras manchas si degeneramos. En algunos escudos de armas he visto puestas por timbre unas estrellas. El que ganó este blason le ostentaba con justicia, porque, á manera de estrella, brillaba con luz propia. En muchos de los sucesores debian quitarse las estrellas y substituirse por ellas una luna, para denotar que sólo resplandecen, como este astro, con luz ajena. Galante y magnífico en extremo me ha parecido siempre aquel elogio que Veleyo Patérculo dió á Ciceron: *Per hæc tempora Marcus Cicero, qui omnia incrementa sua sibi debuit, vir nobilitatis nobilissimæ, etc.* Debióse Ciceron á sí mismo toda su fortuna, porque siendo de obscura familia, sin otro apoyo que el de sus propias prendas, ascendió á los primeros honores de Roma. Más quisiera que se dijera esto, y aun mucho ménos de mí, que el que me creyesen todos los hombres descendiente por línea recta de Augusto César.

### § II.

Pero no es razon detenerme en un lugar tan comun, y sobre que están escritas tantas y tan bellas cosas, que lo más que yo podria hacer, sería añadir una nueva fuentequilla al Occéano ó una pequeña piedra al monton de Mercurio. Mi intento sólo es desterrar un error vulgar que hay en esta materia, y que fomenta mucho su fantasía á la gente de calidad.